

Sustituye así uno de los principios, esto es la *venta* de los bienes nacionales por la *donación* gratuita.

«Los *comités revolucionarios* pondrán en conocimiento del comité de Seguridad general la conducta de *todos los detenidos* desde Mayo del 89.»

El sentido de este artículo apareció claramente indicado por Couthon y otros que pidieron la confiscación de los bienes de los *sospechosos* lo mismo exactamente que se había hecho con los *emigrados*. Dicho de otro modo, que los que apenas se suponía culpables debían mezclarse con quienes se tenía palmaria demostración de su delito.

Este discurso de Saint-Just desconcertó á la opinión. Mostró á Robespierre sobre un terreno nuevo, extraño á sus doctrinas, poco alejado de las leyes agrarias. Pero los que hubieran querido observar el fondo, hubiesen visto que en realidad el gobierno no se concedía al centro del que seguramente se hubiera podido esperar alguna imparcialidad, si no á la tiranía local, desde el momento en que la confiscación no se acordaría más que por notas que transmitirían los pequeños comités de secciones, villas y lugares.

¿Podían ó no ser infieles á la República y aun enemigos de ella estos agentes? Se advierte esto en Abril. Los comités de los pueblecillos compónense de monárquicos, de agentes de los emigrados, de sus procuradores, de sus intendentes. De una plumada se les suspende á todos. No habían quedado comités más que en las capitales de distrito.

Robespierre obtuvo una ventaja al anularlos.

Para obtener este resultado Robespierre lo pagó á buen precio y al mismo tiempo se preparaba para lo porvenir: elevó hasta lo inconmesurable la figura de Saint-Just. Sobre su pedestal ya no era Saint-Just el tipo del jacobino: era el del militar.

Saint-Just respondía mejor que su maestro al ideal de la nueva época que se aproximaba. Encontró naturalmente lo que no tuvo jamás Robespierre, una facultad poderosa sobre la gran bestia humana, *la palabra del tirano*.

Todo esto se reveló sin necesidad del 9 Thermidor. Robespierre lo miraba y decía tristemente: «Hay en él un Carlos IX.»

El día 24 de Febrero pronunció palabras que á todos parecieron siniestras.

«La República—dijo en la Convención—no es un Senado, es la virtud.» ¿Por qué, pues pronunciaba la palabra *Senado*? Esta moral tan inesperada y extraña arrancó un rayo de la lejana luz del 18 Brumario.



## LIBRO XIV

### CAPITULO PRIMERO

#### *Movimiento de los Cordeleros. Arresto de hebertistas.—Primer golpe contra los dantonistas (25 Febrero-8 de Marzo del 94)*

Indignación de los Cordeleros.—La venganza de las sociedades pequeñas.—Hacen un llamamiento insurreccional.—Quedan solos.—Son arrestados.—Discurso de Saint-Just contra exaltados é indulgentes.—Se envuelve á Clootz en el proceso Hebert.—Robespierre observa con placer como se diezma la Asamblea.—Se arresta á Hebert y á Chaumette.—Danton defiende á sus enemigos.

La última palabra de Saint-Just en el 9 Thermidor es la siguiente: «Dividir, *no las propiedades*, sino los arrendamientos.»

Entonces, como Marat y Robespierre, como todo cuanto se puede llamar revolución clásica, Saint-Just defendía la propiedad.

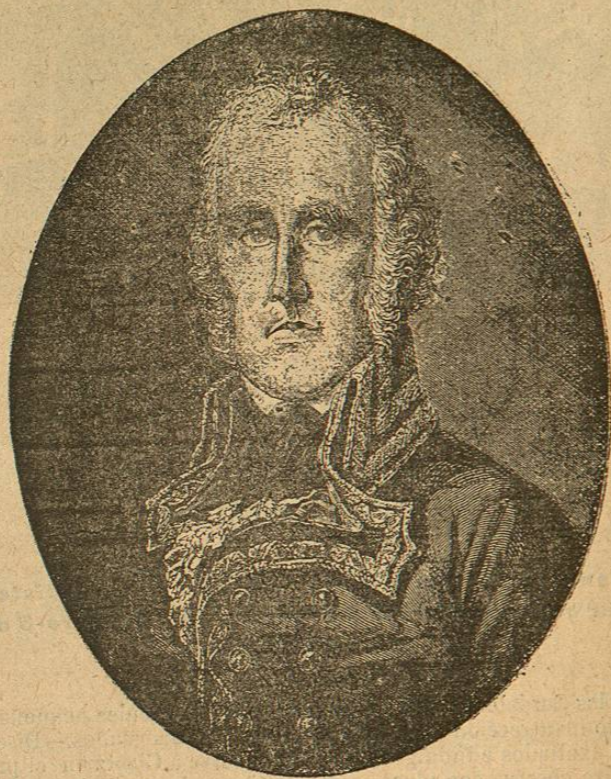
En esto aparecían como simples enemigos de Babeuf, y sin duda de Jacques Roux, de Varlet, de Leclerc, de Lion y de los amigos de Chaher.

El esfuerzo de Robespierre se ha observado desde Junio del 93, deteniendo siempre á los cordeleros en la pendiente por la cual iban arrastrados.

Los cordeleros adiestrados por los hebertistas y robespierristas ha-

bían abandonado á Jacques Roux, patriota fanático, sincero. Por complacer á los jacobinos perdieron en esto su influencia en el centro de París, especialmente en los Gravilliers. La alianza jacobina aun les hizo abandonar á Chaumette, quien por sus predicaciones religiosas les había conquistado esta importante sección.

El asombroso discurso de Saint Just les hizo sentir la inutilidad de tantos sacrificios.



El general Houchard.

Sin adoptar los principios que él había previsto, llegaba en la práctica á obtener iguales resultados. La medida tan sumamente elástica que había de adoptarse «indemnizar á los desgraciados» por medio de algo parecido á un secuestro; el axioma: «Este solo es quien tiene derechos en la patria por que cooperó á libertarla», eran medios más que bastantes para esperar indirectamente resultados de las leyes agrarias.

Los robespierristas casi sin advertirlo habían pasado también por encima de los Cordeleros. Después de haberlos sujetado durante tanto tiempo se le arrojaba ahora á la retaguardia en mezcla inmunda con los indulgentes. Les habían arrancado su bandera por sorpresa.

Los Cordeleros estaban muy abatidos. Hebert, después de haber muerto á Jacques Roux, vengándose de Chaumette, y exprimido el jugo de Robespierre, no iba más á los Jacobinos.



KLEBER

Había puesto una prudente sordina al *Pere Duchesne*. Las pequeñas sociedades de París, pequeñas, sí, pero agitadas diaria y furiosamente no permitieron á los cordeleros manejar el ultraje. Avergonzaron

á Hebert por su conducta, procurando arrancarle el último signo de sus prestigios populares. La diplomacia hebertista (se ha visto la de Carrier) no podía continuar sin ser sospechosa de traición.

París sufría entonces tiempo duro, viento, frío seco. Había escasez de víveres. Las tiendas estaban cerradas, los comerciantes no querían vender, más expuestos á la pérdida que á la ganancia. Larga cola temblorosa formaba antes del día á la puerta de las tahonas, en las carnicerías. Entre estas gentes había elementos para una insurrección. El día 4 de Marzo los cordeleros pusieron un crespón negro á las Declaraciones de los Derechos del Hombre. El día 5 aumentó la exaltación. Vincent y Hebert atacaron al comité; Hebert se acusó á sí mismo de no decir todo lo que sabía. Boulanger, un brazo de hierro del ejército revolucionario, dijo: «Habla *Pere Duchesne*; no temas á nadie. Habla, que nosotros ejecutaremos.» Entonces se levanta Hebert para pronunciarse contra Robespierre y los Jacobinos.

Se habla de fundar un nuevo periódico y entonces el espectro negro, Carrier, dice: «¡Un nuevo periódico! ¡Lo que hace falta es la insurrección!»

Tan imprudentes palabras fueron apagadas por Hebert.

No era el momento oportuno. Quizás una sola sección se sublevara, la que en Thermidor se colocó contra Robespierre, la que lloraba á JacobuésRoux y que había sido removida profundamente por las predicciones de Chaumette y Leonard Bourdon y el París industrial, la sección de los Gravilliers. (Filles-Dieu, Saint-Denis y Sant-Martin).

Era necesario tener á Chaumette, y éste había muerto por ellos mismos, y cuando pensaron en él fué cuando su asunto había abortado. Fueron recibidos fríamente y la Comuna nada hizo por ellos.

En el comité de Salud pública Collot-d'Herbois, por grandes que fueran sus compromisos, nada pudo hacer en favor de su causa. No era su interés ni su intención atacar á los dantonistas. Al contrario, quería unir contra dantonistas, hebertistas y robespierristas, á todos los representantes que desempeñaban comisiones en los departamentos y que acudían á París llamados por los acontecimientos. Su amigo Collot estuvo de acuerdo con su enemigo Tallien el 6 de Marzo para condenar la insurrección.

Ninguna autoridad, ningun prestigio apoyaba la insurrección, de suerte que la fuerza de esta aparecía con toda su desnudez brutal. ¿Existía aun el ejército revolucionario? El comité de Salud pública lo había dividido, dispersado. El comité de Seguridad general había corrompido á los mejores hombres.

En Lion estaba en lucha con el ejército revolucionario por su elevado sueldo. En París se lanzó contra él el arrabal de Saint-Marceau, quien en la Comuna aseguró que en una sola compañía había más de veinte foragidos. Su famoso general Ronsin había quedado completamente solo. Si hubiera querido tirar de espadas no se hubiera desnuda-

do más que la suya. No por esto dejaba de visitar el Palais-Royal, asegurando formalmente que la Convención estaba gastada, Robespierre gastado, que había necesidad de hacer una mañana un gobierno y que el ejército revolucionario debía ascender á cien mil hombres, debiéndose nombrar un gran juez que bien podía ser el alcalde Pache. Bajo este autómeta, Ronsin hubiera podido ser un dictador militar.

Este hermoso proyecto, próximo á realizarse, según se decía había de causar grande efecto, especialmente en las cárceles.

Ronsin fué á la cárcel á ver á sus amigos. De estas visitas se dijo que tuvo el propósito de verificar en las cárceles una terrible matanza. Este rumor hábilmente aprovechado dió un golpe de muerte al movimiento insurreccional. El pueblo mismo arrancó los pasquines de los Cordeleros, viéndose estos obligados á retractarse. De nada sirvió esta vergonzosa rectificación. El 13 por la noche quedaron todos arrestados.

El golpe fué inesperado; tan inhábiles estuvieron y tan ridículamente se portaron que la opinión se rió de ellos y los perdonó. Pero la fatalidad de los acontecimientos se resolvió contra ellos. Habían desafiado á la muerte y esta debía de recoger el reto.

Una hora antes de su encarcelamiento Saint-Just había leído un manifiesto contra ellos, en el cual ya parecía indicarse un misterioso plan de exterminio de exaltados é indulgentes.

Se comenzó por los primeros, pero contra los segundos eran aun si cabe más graves las acusaciones. Los exagerados contentábanse con ejercer en París el terror del hambre.

Los indulgentes hacían cosas más graves: corrompían la república.

Saint-Just aprovecha el hambre del pueblo para sus fines políticos. Todos los medios le parecen buenos para lanzar al pueblo contra el enemigo, y aún utiliza una frase de las leyes agrarias: «Distribuid las tierras entre los desgraciados.»

El decreto es un verdadero caos, en el que se confunden los asuntos especiales de policía (como la *introducción de los géneros en París*) con las más generales medidas de la política. Mezclábanse los delitos morales con los crímenes del Estado.

Establécese la *pena de muerte* para quien se resista al gobierno, es decir, á los comités, y después, para asegurar á la Convención, se establece la *pena de muerte contra quien usurpe su poder*. Los comités nombran sus comisiones para que juzguen á todos los detenidos.

Los dantonistas palidecieron cuando se descargó tan terrible golpe contra los amigos de Hebert. Legendre dió rienda suelta á su miedo en forma de entusiasmo y pidió que el sublime discurso que se leía en el templo de la Razón fuese enviado á las 44.000 municipalidades.

Por la noche se leyó nuevamente el discurso ante Robespierre y Couthon, quienes parecía habían llegado expresamente para sancionarlo